



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

SUMARIO. Instruccion: por don A. Pirala.—María Tudor, reina de Inglaterra (continuacion).—La Verdad, el Error y Júpiter (Fábula), por don Juan Dot.—Contra Soberbia Humildad (continuacion).—En la cuna de un Niño (poesia), por don E. de Olavarria.—Rasgo de valor de la reina Enriqueta, por F.—Variedades: El Matrimonio, por don José Adame.—Modas: Esplacacion del Figurin.—Teatros.

INSTRUCCION.

LOS JUEGOS.—*Su historia.*

(Conclusion.)

Volviendo á nuestro principal objeto, que son los juegos de la niñez, dignos por cierto de la atencion del filósofo, no menos que los que acabamos de citar, hallamos en ellos un cuadro de la vida humana.

A casi todos en general y en todos los pueblos, se les vé representando los usos, las costumbres, que son peculiares de aquellos entre quienes los niños han nacido ó sido educados.

En China, en Siam, etc., se encuentran muchos juegos sedentarios: en la Persia juegos de caza; en Grecia ejercicios que imitan los juegos Olímpicos; en Italia predominan los de escondite, de disimulo; en Inglaterra, de luchas y batallas; en Francia hay mil juegos que empiezan y dejan á la vez, y en España participan del carácter que distingue á los de todas las naciones, y son como nuestros bailes, inquietos y bulliciosos unos, pausados y silenciosos otros; pero todos de ingenio.

El orientalismo de los griegos, la muelle

pereza de los árabes, la gravedad de los godos, hacen de la España uno de los pueblos mas originales del mundo. Pero lleno de gloria por su pasado, de incertidumbres por su presente, y de magnificas esperanzas por su porvenir.

VIII.

En conclusion: el juego es el premio del buen comportamiento de los niños; el descanso de sus estudios, en los que deben poner el mismo ardor que en sus diversiones, que sirven para recrear el ánimo y fortificar el cuerpo.

Pero cuando deba terminar el juego, cuando llega la hora del estudio, imiten los niños á aquel jóven que en cuanto veia presentarse á su padre en la puerta del jardin, sin decir una palabra, dejaba sus juguetes sin permitirse dar una vuelta mas á la cuerda, ni un bote mas á la pelota, y corria á sus brazos, para ir á cumplir su deber.

Esto es en lo que mas esmero deben poner los niños, que deben interrumpir el juego de mas importancia en cuanto les llamen sus superiores. Dan así una prueba de su obediencia y buena educacion.

Esta se conoce tambien en los juegos, en los cuales hay cien ocasiones en que tiene que ejercitar un niño su paciencia, su tolerancia,

su prudencia; en que se acostumbra á guardar los secretos que se le confian, y se hacen ejecutar en tan tierna edad, las reglas de buena sociedad que han de observar mas adelante.

¿Quién no vé en los juegos de los niños el reflejo de la sociedad de los hombres? Ved, como decia Moratin:

Las muchachas trasformando
En mantellina el moquero,
Van á misa y á visita,
Se dicen mil cumplimientos,
Y en cachivaches de plomo
Hacen comida y refresco.

Y dígase si hay otra diferencia que la edad.
Compréndanse las exigencias de cada una,
diríjaseles y no tendrán que lamentarse funestos resultados.

A. Pirala.

HISTORIA.

MARIA TUDOR.—Continuacion.

Algunos dias despues Reginaldo Polo recibió orden de presentarse en palacio.

Contra todo lo que esperaba, Enrique le recibió con afabilidad.

—«Os he llamado, le dijo, para enviaros con una delicada mision cerca de Su Santidad. Mi eleccion no podia ser mas acertada. Partid primo, cuanto antes. La libertad de vuestra madre depende del resultado de esta negociacion; entretanto ella será responsable de la menor perfidia.

Al llegar á Roma supo el príncipe, que la voluntad del Rey consistia en que obtuviese de la Santa Sede la anulacion de su matrimonio con Catalina de Aragon, y por consiguiente su adhesion á la desheredacion de María, y la transmision de los títulos de ésta á su hermana Isabel.

Irritado de la pérdida de conducta del Rey, le devolvió sus credenciales.

El Papa recibió á Reginaldo con la mayor distincion.

Pocos dias despues se presentó nuevamente en el palacio de Su Santidad.

Clemente VII dió orden de que le hiciesen entrar en el momento que lo anunciaron.

—¿Venís, le dijo, á tratar conmigo algun asunto relativo á vuestro Soberano?

—Señor, contestó el príncipe, hoy no me presento á vuestra Santidad, como embajador del Rey de Inglaterra, sino como un hombre desgraciado, que nada espera de la vida, y viene á arrojarse en brazos de esa sagrada religion de los tristes y de los oprimidos, que ha santificado el dolor, y nos impone como un deber la esperanza!

El Pontífice le tendió sus brazos, y el príncipe se precipitó en ellos, con esa profunda gratitud del que necesita consuelos y cariño y encuentra lo uno y lo otro.

Aquella misma tarde una de las pesadas carrozas de la época, se detenia ante la puerta principal de un seminario de Roma.

Ocupábanla dos hombres: el uno anciano ya, el otro jóven, de rostro pálido y espresivo.

El primero llamó, y mientras salian á abrir dijo al segundo respetuosamente.

—¿No tiene vuestra gracia alguna nueva prevencion que hacerme, alguna comision que darme para las personas á quienes veré á mi regreso á Inglaterra?

—No, le respondió. Dí á mi madre que quedo aquí rogando dia y noche por ella á Dios. Abraza á mi hermana....

—Y nada mas? dijo el antiguo y leal servidor, acaso con intencion.

—Ah! sí, contestó el jóven, dí tambien á la princesa María, que he cumplido mi palabra, renunciando para siempre á los placeres, al amor, á la felicidad.... tal como la comprende el mundo!

En aquel momento se abrieron las puertas del seminario de par en par, y el príncipe Reginaldo Polo (pues era el mismo) las vió en seguida cerrarse detrás de sí como si fuesen un muro interpuesto ya entre sus esperanzas y él.

II.

Entretanto María habia sido enviada al castillo de Hudson, donde se educaba la princesa Isabel.

Ana Bolena que aborrecia á su hijastra, exigió que dependiese de su hermana.

Catalina murió sin haber podido conseguir dar el último adios á su hija.

En vano la princesa lo solicitó de su padre, y se humilló á pedirlo á Ana Bolena.

Lo único que de ella obtuvo, fué un desdeñoso silencio.

María ofendida la dijo al salir:

«Dios quiera, señora, que algun dia no tengais

que espiar los sufrimientos que ocasionais á mi madre!

Como si estas palabras hubieran sido proféticas, algunos meses después la cabeza de Ana Bolena rodaba sobre el cadalso.

Ya hemos visto la recomendacion hecha por la infortunada en sus últimos momentos, á esa misma princesa á quien habia aborrecido tanto.

Lady Kingston, encargada de su mensaje, lo desempeñó fielmente, y María olvidando la crueldad de Ana con su madre moribunda, tomó bajo su proteccion á la huérfana, de la que habia hecho la desgracia de la noble Catalita y la suya propia.

Después de la muerte de Ana Bolena, su hija fué declarada *bastarda*.

Entonces la princesa María se constituyó para ella en una segunda madre, y mas que nunca la prodigó su ternura y sus cuidados.

El Rey viendo en esto una indirecta censura á sus actos, determinó vengarse de María, atormentándola en lo que sabia debía serla mas sensible, en sus creencias religiosas.

Envióle en su consecuencia un prelado protestante, mandándola que inmediatamente abjurase el catolicismo.

La princesa contestó con firmeza, que su conciencia la impedia obedecer en aquella ocasion á su padre, y que jamás por nada en el mundo faltaria á la religion que su madre la habia enseñado á practicar y amar.

Pocos dias después llegaron comisionados del Rey á notificar en su nombre el acta de degradacion de las dos princesas; conforme á ella no debian ya ser tratadas en lo sucesivo mas que como señoras particulares.

María escuchó su lectura sin dar muestras de cólera ni de altivez; sin pronunciar una sola palabra de queja.

En cumplimiento de la órden que sin duda les habian intimado, los régios mensajeros mandaron arrancar de los aposentos de las princesas todas las insignias de su rango.

La niña Isabel prorumpió en llanto.

María la tomó en sus brazos, llenándola de besos para hacerla callar.

—Señores, dijo á los enviados que se preparaban á salir, decid al Rey, que habeis visto á María de Inglaterra acoger en sus brazos á la tierna huérfana, á quien enseñará con su ejemplo la obediencia y la resignacion á su voluntad soberana.

Los enviados de Enrique no pudieron menos de

despedirse con respeto de aquella jóven, tan digna y tan serena en medio de la desgracia.

No fué esto todo.

Su virtuoso maestro de religion, y el confesor de su madre á quienes habia acogido, acusados de aconsejar á María la desobediencia, se vieron una mañana sorprendidos por varios soldados del Rey.

Lleváronlos á Lóndres sin ninguna consideracion á su estado ni á su edad; juzgados allí por un verbal consejo, por mas que su inocencia no admitiese la menor duda, fueron sentenciados á la hoguera.

La princesa María desesperada de dolor, corrió á implorar por ellos la piedad de su padre.

En vano rogó; en vano lloró amargamente en su presencia....

Todo fué inútil, y los desgraciados perecieron!

Ya que no podia vengarse de su hija en su persona, lo hacia el Rey en sus leales servidores. De este modo sabia que su dolor seria mas profundo, y no comprometia tanto su *dignidad* de padre *bueno y cariñoso* á los ojos de la nacion, que respetaba y compadecia mas á la princesa cuanto mas desgraciada la veia.

La anciana condesa de Salisbury, prisionera en la torre, pereció tambien en el cadalso.

Su crimen consistia en haber recibido una carta de su hijo Reginaldo, que aun continuaba en Roma.

Catalina Howard, con su natural bondad, intercedió inútilmente con el Rey.

No pudiendo obtener nada, y noticiosa de que la desgraciada condesa encerrada en un calabozo húmedo y oscuro, carecia hasta de ropas con que cubrirse en el rigor del invierno, la envió sus abrigos guarnecidos y forrados de pieles.

(Se continuará.)

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

LITERATURA.

LA VERDAD, EL ERROR Y JÚPITER.

Fábula.

Todos sabemos que fueron desde los primeros siglos el Error y la Verdad adversarios decididos.

Que hiciesen las amistades
un día Júpiter quiso,
les llamó y les echó un *réspice*
ó arenga por este estilo:

« Mi magestad (que Yo guarde),
con desagrado ha sabido
que andais todo el día al morro
como si fuerais chiquillos.

Y ¡voto al chápico verde
que esto exige un correctivo!

A contar desde mañana
marchareis agarraditos
del brazo y exactamente
iguales en el vestido.

Esto ha de ser y será,
y sino cuenta conmigo.»

Los dos contrarios salieron
cabizbajos y mohinos,
y desde el día siguiente
cumplieron el sacro edicto.

Siendo de entonces acá
tan fácil el confundirlos,
que á veces no los distinguen
los mas ilustrados críticos.

JUAN DOT.

CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

IV.

LUZ Y SOMBRA.

Magníficos palacios, principales
Casas, en sus umbrales
Mil traiciones encubren.

Largo tiempo permaneció Inés con la carta abierta entre las manos, sin que pudiera acabar de creer que era Teresa la que así le hablaba. Teresa! la paisana de Argandenes maravillosamente trasformada en gran cortesana, de lenguaje correcto y engalanado, de lujosos atavíos y orgullosos modales, pero que habia comprado su felicidad á costa de una grave falta, pues como ella misma confesaba, «habia huido con los enemigos de nuestra patria, con los profanadores de nuestros templos.»

Inés sintió correr por todo su cuerpo una especie de calofrío, y empezaba á temblar por la ten-

tación que el orgullo preparaba á su amiga. Luego volvió á recorrer una á una todas las espresiones de la carta, y al ver las desdeñosas frases con que Teresa hablaba de Argandenes, asomó á sus lábios una sonrisa de lástima. De lástima, porque Inés, en su evangélica mansedumbre no se creía con derecho para despreciar á la mas vil de las criaturas.

Es verdad que por buena y humilde que fuese, hubo un momento en que dudó si debía contestar á la orgullosa reina del arrabal de San German, que acaso se mofaría de sus escrúpulos, y despreciaría sus humildes consejos; pero acudió á sus antiguos recuerdos, al entrañable cariño que en medio de todo le manifestaba Teresa, y lo esperó todo de aquel sentimiento noble y desinteresado que emana de Dios, y que los hombres han designado con el mágico nombre de amistad.

No queriendo revelar á nadie el secreto de su amiga, se preparó á escribir la carta de su puño, aunque corriendo el riesgo de que su letra, bastante mediana, fuese un objeto de burla, al lado de los elegantes rasgos con que estaba escrita la carta de Teresa.

INÉS A TERESA.

ARGANDENES 2 de Enero de 1811.

«No sé á la verdad mi querida hermana, cómo empezar esta carta, considerando que habrá de leerse en un palacio de la corte de Francia, y siendo yo una pobre labradora, en cuya boca sentarian mal las delicadas frases que tú empleas en la tuya. Una especie de temblor se apodera de mi mano, que me incita á soltar la pluma, y solo el cariño que te profeso me la hace retener y prescindir de todas las consideraciones.

«Mi conciencia se rebela contra este escrito, que dirijo á la corte de mis mayores enemigos, de los enemigos de la fé, de la felicidad de mi patria, y de los que me arrancaron de mi lado la dulce amiga de mi infancia.

«Conozco que mis palabras te parecerán ridículas, porque la grandeza hace mas ancha la conciencia de los poderosos, pero bien sabes que nunca te oculté mis sentimientos, y hoy mas que nunca me creo en el deber de hablarte con toda la claridad de que soy capaz.

«No culpo en manera alguna tu resolucion, no; tú cediste al destino que te arrastraba, porque tu suerte debia ser siempre la de tu hermano, que fué para tí un padre, desde que tuviste la desgra-

cia de perderlos. Sin embargo, desde que recibí tu carta no he cesado de llorar por tu suerte, porque si es para mí un placer saber que existes, y que te crees feliz, veo con dolor que el demonio del orgullo no duerme, y que te acecha sin cesar.

«Pobre Teresa! tú te lamentas de mi suerte, porque vivo en una casa pobre y olvidada entre los pinos y las espesuras de Argandenes, y yo, pobre aldeana, sin porvenir, yo que veo disminuir rápidamente nuestra fortuna por la cruel enfermedad que hace tres meses tiene postrada en cama á mi pobre madre, yo lloro por tí, y te creo digna de lástima con tus palacios, y tus bailes, y tu Emperador, ¡qué Dios maldiga! porque luchas con la tentación, y tal vez sucumbirás en la pelea.

«¡Qué no tienes apenas tiempo para rezar tus oraciones! Ay, Teresa! yo le tengo siempre! sentada por las noches al pié de la cama de mi pobre madre, trabajo sin descanso hasta que la veo dormida, y entonces me pongo á leer las solemnes páginas del Evangelio, que bien sabes tú cuánto me conmueven el alma. ¡Y cómo me olvido de mis desgracias! cuánto consuelo hallo en mis penas estudiando la eterna doctrina de Jesucristo!

«Teresa! Teresa! no te ensoberbezcas con tu riqueza, ni con tu hermosura... Dios promete su reino á los humildes, porque su reino no es de este mundo.

«Tú adoras á París, porque es la Babilonia moderna, con su lujo, sus bailes y sus saraos, pero no olvides nunca que fué en Babilonia donde Dios abatió al poderoso Baltasar en medio de los goces del festín.

«En tanto que Dios te devuelve á mis amantes brazos, gracia que le pido y le pediré sin cesar, sé humilde en tu grandeza, ocúpate en trabajar, aunque sea para los pobres, porque el trabajo es el mayor enemigo de la tentación, y no dejes nunca de dirigir tus plegarias á la Virgen, porque es nuestro refugio en la adversidad, y si ella nos abandona ¿adónde irémos, Teresa?

«Ay! mi padre y yo no cesamos de rogarle que devuelva la salud á mi madre. ¿Nos oirá Teresa? ruégaselo tú también, ruégale que te aparte del borde del precipicio en que te encuentras, y que te devuelva las tranquilas horas en que arrodilladas sobre los céspedes le pedíamos que no nos separase jamás.... me parece verte estremecida á la idea de volver á Argandenes... Ay! es aquí donde te espera la felicidad, donde siempre te recibirá con los brazos abiertos, tu amiga

INÉS.

P. S. «No te olvides de llevar siempre al cuello los escapularios de la Virgen del Cármen, que nos ha dado tu hermano. ¡Ay de tí, el día en que te avergüences de ponértelos al cuello! el día en que te escondas para cumplir con tus obligaciones de cristiana!

«Pero no, tú eres buena, y ante tu virtud se estrellarán todas las tentaciones, todas las asechanzas del vicio, y los halagos de la corte.»

Inés leyó y relejó su carta, hallándola siempre fuerte y atrevida para con una gran dama, pero clara y natural para con una amiga que lo era desde su infancia, y con quien se había acostumbrado á no tener secretos, porque como ellas decían siempre *pensaban en alta voz*.

Apenas había concluido de leer, abrióse de repente la puerta de su alcoba, y se presentó su padre, que aprovechando algunos instantes de descanso, había venido solo para darla un abrazo.

El semblante del anciano espresaba una tristeza profunda.

Inés ocultó su carta, corrió hácia él con los brazos abiertos, y ambos se encaminaron al cuarto de la enferma, donde pasaron juntos los cortos instantes de que podía disponer el Labrador.

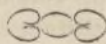
Preocupada Inés con la idea de su carta, ni siquiera se apercibió de la alteración que se notaba en el semblante de su padre. Una vez sola, cerró su carta lo mejor que pudo, la selló con una moneda de plata que tenía por milagrosa, como que era de la Virgen de Covadonga, y tomando su canastillo de mimbres, cubierto con una servilleta limpia, se encaminó á la villa, con el pretexto de llevar unas naranjas á su madrina, pero con el único objeto de poner su carta en el correo.

Inés no llevaba prisa, porque si bien su madre se hallaba postrada en cama, y casi no podía explicarse mas que por señas, su fiel criada, Isabel, la cuidaba con el esmero mismo que si fuese su hija, y comprendía perfectamente los gestos y ademanes de la enferma.

En cuanto á su padre, desde que la fortuna había empezado á volverle la espalda, se veía en la precisión de dirigir por sí mismo la labranza, por lo que volvía siempre á casa bastante tarde.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.



EN LA CUNA DE UN NIÑO.

Abres los ojos al naciente día
en la primera aurora de tu abril,
y al bañarme en la luz de tu mirada
no sé que siento que me agita así.

Imágenes de oro allá en tu mente
en danza te acarician infantil,
y yo en mi lecho sin descanso velo
pensando solo, pobre niño, en tí.

Oh! quién pudiera al estampar ufano
mis lábios en tus lábios de carmin,
penetrar los arcanos del destino
y en tus ojos leer tu porvenir!

Tersa como el cristal de la laguna
alzas tu frente encantadora, y
trémulo de alegría; oh! cómo siento
dentro del pecho el corazón latir!

¿Qué me importa que airada la fortuna
bata sus alas?... ¿Qué me importa, di,
si una sonrisa de tu rojo labio,
si un ósculo de paz me hace feliz?

Prenda de amor para mi amor nacida,
ven tu destino á mi destino á unir;
tú eres la luz que mi esperanza alumbra...
¿Qué es sin tu amor la vida para mí?

E. DE OLAVARRIA.

RASGO DE VALOR DE LA REINA ENRIQUETA.

Enriqueta, hija de Enrique IV de Francia, sentóse en el trono de Inglaterra á consecuencia de su matrimonio con Carlos I. Cuando estalló la guerra entre este desgraciado monarca y el Parlamento, Enriqueta, que parecía haber heredado el arrojo y la energía de su padre, se embarcó para Holanda, á fin de pedir auxilio á este país, y obtener de él socorros pecuniarios con que sostener la causa de su esposo. Habiendo conseguido enviar á éste, armas, municiones, dinero y oficiales agueridos, la reina volvió á embarcarse en el Haya, con rumbo á Inglaterra.

Durante la travesía, el buque que la conducía se vió vivamente perseguido por el almirante parlamentario Batten, por cuya causa, Enriqueta, al verse en eminente peligro de caer en manos de sus

enemigos, mandó al capitán que no aceptase el combate, sino que volase el buque, no obstante las súplicas y los lamentos de sus doncellas y criados. A pesar de esto, el capitán se condujo con tal aplomo y acierto, que su nave logró adelantarse notablemente á la del almirante, y la reina desembarcó con toda seguridad en Burlington.

El bajel enemigo llegó poco después, y empezó á cañonear la casa en que se había hospedado la reina. Habiendo caído algunas balas á su derredor, refugióse en una cueva de aquellas inmediaciones; pero recordando que había dejado espuesta al peligro de perecer en las ruinas de la casa á una perrita que amaba mucho, retrocedió sin titubear, y volvió con ella en sus brazos al estam-pido del cañon enemigo.

Los republicanos eran á la sazón poderosos, y los esfuerzos de Enriqueta fueron inútiles, pues el rey subió al fin al patíbulo; pero ella vivió el tiempo suficiente para ver á su hijo Carlos II subir al trono de que su desventurado esposo había sido tan desastrosamente precipitado.—F.

VARIEDADES.

EL MATRIMONIO.

Todas las carreras tienen su término, al cual aspiran los que las emprenden. Piensa el cadete en llegar á Capitán general; el hombre político en ser Diputado, el meritorio de una oficina en ser Ministro.

El que ama, el que sigue la espinosa carrera del amor, no llega mas que á *casado*. ¿Qué desgracia! esta es su capitania general; esta su silla ministerial.

Pero ¡bienaventurados los amantes, porque ellos llegarán pronto al término de su carrera!

Y en verdad que son los únicos que tienen la seguridad de concluir la en poco tiempo. Los hay que no necesitan de memoriales, de notas ni de recomendaciones. Se casan, digámoslo así, *per saltum*, y en un abrir y cerrar de ojos, se encuentran con su carrera concluida.

Pero este será siempre juego de intrigas, y nadie, ni vosotras mismas, carísimas lectoras, sereis partidarias de semejante sistema. Yo estoy por lo reglamentario, y quiero que se ascienda al matrimonio por un riguroso escalafón.

Quiero que el soltero sea aspirante ó meritório; y haga ante vosotras sus ejercicios, sujetando sus cualidades morales á un detenido estudio. Deseo que observeis sus costumbres, que conozcais sus inclinaciones, que os asegureis de su honradez, y que os convenzáis de su cariño. Si yo fuera mujer, no sé lo que haría; como hombre, aconsejo que hagais preceder al casamiento todos estos requisitos.

El hombre, por su parte, debe ser mas reflexivo. No le recomiendo que os estudie. Este encargo es de todo punto inútil, supuesta vuestra *incomprensibilidad*. Cien años, pasados orilla de vosotras, me convencerian por último de que no podia conocerlos. Sois las mujeres como las ciencias; ni estais sujetas á reglas fijas, ni se ha pronunciado aun la última palabra sobre vuestra historia.

La fisiología ha penetrado vuestra organizacion física, como la nuestra; pero nos perdemos en vuestro espíritu. Lo único que una errada creencia ha traído hasta nosotros, es la idea de vuestra *debilidad*. Pero esto no es exacto. Ejerceis sobre nosotros una presion terrible, abrumadora; nos rodeais y envolvéis á vuestro antojo en una atmósfera criada á vuestra voluntad, fijais ó estraviáis nuestras pasiones, nos lleváis á todas partes con vosotras, y sin embargo, os quejais de vuestra debilidad.... ¡Horrible sarcasmo!....

Entre los hombres y las mujeres hay un abismo, una zanja que solo puede cerrar el matrimonio.

El matrimonio es la entrega de nuestra inocencia en vuestras manos; es el sacrificio de nuestra vida en vuestras aras, es la proclamacion de vuestra importancia y de vuestra fortaleza.

Os recomiendo, bellisimas lectoras, que para casaros, estudiéis á los hombres.

A vosotros, compañeros de sexo, os encargo que no os tomeis la molestia de observar á las mujeres.

Bien veo que la desventaja es grande, pero no la encuentro remedio, cuanto mas cerca estais de ellas, mas lejos estarán ellas de vosotros; cuanto mas creais comprenderlas, mas tupida se hallará vuestra imaginacion; si soltais una sonrisa de triunfo, en la idea de haber adivinado uno de sus secretos.... Desgraciados! verted en seguida lágrimas de sangre por vuestra funesta credulidad! Sin duda os habreis engañado.

No pretendais saber á la fuerza la causa de su disgusto. La mujer, obligada á contestaros, os engañaría; ni pretendais adivinar el motivo de uno de sus momentos de marcado desden, acaso tiene una historia funesta que debe olvidar, en vez de recordarla.

Por lo demas, mi opinion es que los casados sean hombres políticos, y que planteen en la sociedad doméstica sus diferentes sistemas. Yo, que aun no tengo adoptado ninguno en mi casa, espero el dictámen de las personas entendidas, y los resultados de la experiencia para decidirme.

Porque, supongamos que el *casado* establece en su familia el gobierno representativo. El será el Monarca por supuesto; los hijos serán el pueblo, y la mujer el Senado; poder moderador de los otros poderes. Pero pregunto yo: ¿llegada una cuestion de presupuestos, donde formen las principales partidas, los zapatos, vestidos y sombreros de los niños, y los gastos de representacion de la señora, tendrá ésta toda la abnegacion y la imparcialidad necesaria para emitir su voto? ¿No será entonces mas popular que monárquica? Y supuesto el *veto* del Monarca, al sancionar la ley de presupuestos; ¿quién sería capaz de dirimir este conflicto y de evitar el pronunciamiento de toda la familia?

Encomiendo, pues, á los casados la resolucion de este problema; *ellos* querrán ser *absolutos*; *ellas* querrán la *libertad* de la familia; acuerden unos y otras, despues de leído este artículo, lo que mas les convenga, y harémos una Constitucion para el matrimonio.

JOSÉ ADAME.

MODAS.

Explicacion del Figurin.

FIG. 1.^a *Traje de baile*.—Vestido de grós arrasado blanco, de labrado menudito, con adornos de crespon blanco, rizados de crespon rosa, y lazos de cinta del mismo color. El cuerpo escotado, ajusta bien en el talle, formando punta, y va adornado de una drapería de rizados de crespon blanco, que ancha en el pecho, viene á morir en la hombrera, que queda muy baja. La manga de crespon blanco, es muy corta y hueca, sos-

tenida por un lazo, á la Watteau, de cinta color de rosa. Llamamos lazo á la *Watteau* al que se compone de dos lazadas, en cuyo centro se forma el nudo, flotando en sus estremidades las dos puntas de la cinta redondeadas. La falda de grós es de mucha amplitud, y está pegada al talle en pliegues gruesos: lleva un ancho volante de crespon, colocado un poco mas de media vara, mas abajo del talle, dispuesto de modo, que llevando cabeza, forme despues doce ó catorce grupos de dos pliegues cada uno, que presenten un grueso encañonado. Este volante debe tener mas que un doble de vuelo que la falda, y termina en ondas picadas: de trecho en trecho se colocan á la cabeza del volante lazos de cinta á la *Watteau*, cuyos cabos caen sobre los pliegues: de uno á otro de estos lazos, penden rizados escarolados de crespon color de rosa, formando guirnalda. El bajo de la falda de grós, va guarnecido de algunas tiras de rizaditos de crespon, hasta una altura de 10 á 12 centímetros, viniendo á cubrir las ondas del volante el primero de estos rizados.

El *peinado* es de rulós dobles, con ramos de rosas á los lados: otro mayor se coloca en el pecho.

FIG. 2.^a *Traje de visita*. Vestido de terciopelo otomano, color de avellana claro, con adornos de terciopelo y muaré azul. El cuerpo es alto y cerrado: el talle redondo y un poco prolongado por delante. La manga lisa de arriba, lleva un hueco que sale del codo hasta la mitad del brazo. La falda va guarnecida á cada lado de dos tiras de muaré de 8 centímetros de ancho en el bajo de la falda y 4 en la cintura: entre estas dos listas hay una abertura para un bolsillo, guarnecida de otra tira de muaré, y en cuyo bajo se coloca un lazo de terciopelo negro con cabos flotantes. En el cuerpo sube hasta el hombro por cada lado otra tira de muaré que baja por detrás en la misma forma. Todas estas tiras de muaré, van atravesadas por otras mas pequeñas de terciopelo, que forman en sus estremidades como un lacito que se destaca sobre el fondo del vestido. Este se completa con una especie de sobretodo, á manera de chaqueta, que es lo que los franceses llaman *basquine*. Su forma es muy graciosa; ajustada por la espalda y los costados, tiene el delantero recto y flotante: lleva un volante pegado á pliegues gruesos debajo de una linea de botones de terciopelo. Su manga es casi ajustada en lo alto, y despues lleva otro

volante, tambien de plegado grueso, cortado de manera que forme abertura por delante para que pueda pasar el brazo y la manga del vestido. La parte alta de la manga, va tambien abierta, para que pueda pasar el brazo, cerrándose despues, por tres abrazaderas de terciopelo que se sujetan con un boton. Lo alto de la *basquine* se sujeta tambien en el pecho con cinco abrazaderas, como las de las mangas. Una tira de muaré, como la de la falda, guarnece por cada lado la delantera, bajando del mismo modo por la espalda. Los volantes de la manga y aldeta van forrados de seda, y guarnecidos de un rizado de cinta azul que sobresale un poco. El adorno de cabeza es una gorra á lo *Valois*: este tocado se compone del ala y bavolet de tafetan azul: ambos están montados sobre alambre, y dispuestos de modo, que el ala forme punta en la frente, y el bavolet en su centro por detrás: el fondo queda en claro y se le cubre de un tul negro, guarnecido de un fruncido de encaje, que cae todo al rededor. El ala y bavolet van tambien guarnecidos de rizados de blonda blanca: en medio de estos rizados y al rededor del ala, cae una franja de madroñitos azules, montada ligera y delicadamente. Este adorno colocado con gusto, es de tanto efecto como novedad. Dos cintas azules caen del bavolet por la espalda, y las otras dos, que sirven de ataderos, del ala por delante. Un *cuello* de encaje, y mangas de dos huecos de muselina, con guarnicion de encaje en el puño, completan este traje.

TEATROS.

El *Príncipe* estrenó para el beneficio de don Florencio Romea, la comedia titulada *La alegría de la casa*, arreglada por los señores don Enrique Gil y don Cayetano Rossell: el público los llamó á la escena, pero tuvieron la modestia de no presentarse. Los actores recibieron una merecida ovacion, por su acertado y feliz desempeño.

El miércoles se puso en escena en el Teatro Real *La Favorita* para la salida de la señora Alaimo. La nueva prima donna se captó desde su aparicion las simpatias de la escogida concurrencia que llenaba todas las localidades por su figura agraciada y espiritual, obteniendo despues un merecido triunfo en el acto tercero.